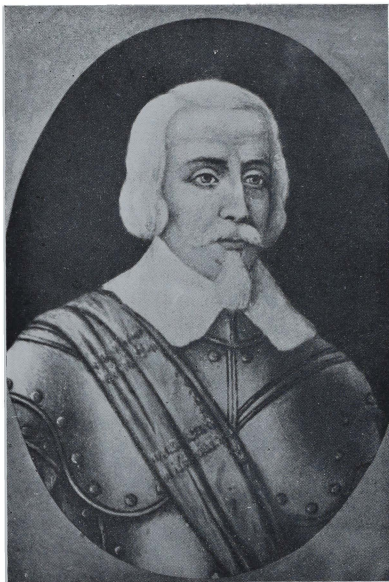


de Vizcaya y la del Cantábrico, encargándose de tener a raya a la flota holandesa, que amenazaba el tráfico de cabotaje y las llegadas de los buques de América. En una ocasión como general de la flota de Nueva España, escoltó la travesía de los galeones de la carrera de las Indias. Estos y otros servicios le valieron el rango de almirante de la flota del Océano. En 1623 el gobierno de Felipe IV le concedía, en propiedad, el cargo de almirante general de la misma. Fue en calidad de tal que socorrió la plaza de al-Mah-diyah (Mamora), atacada por los moros, quienes se retiraron ante la sola presencia de los buques de guerra españoles. Con este motivo Oquendo recibió la propia felicitación del monarca.

Después de un período de desgracia, en que incluso llegó a estar encerrado en Fuenterrabía, Oquendo recuperó el favor real y puso sus muchas cualidades al servicio de la causa de España, en dura guerra contra la muy superiormente dotada flota holandesa, contra la cual sostuvo más de un centenar de victoriosas acciones. Su mayor triunfo lo consiguió el 12 de septiembre de 1631 al derrotar a la flota del almirante Hauspater, fuerte de 33 navios, con sólo la suya que contaba 16 y eran, además poco marineros. Con esta acción logró forzar el bloqueo de las costas holandesas y abastecer el puerto de Pernambuco y otras fortalezas brasileñas. En cambio, en 1639, cuando llevaba auxilio a Flandes, fué derrotado por los holandeses, cuya flota de 114 bajeles era cinco veces más numerosa que la española, en la batalla de las Dunas (21 de septiembre). Derrotado, pero no vencido; ya que los enemigos no pudieron abordar a la capitana real, en cuya cubierta Oquendo había hecho prodigios de valor y saber, que entró en el puerto de Mardique, término del viaje.

De regreso a España, Oquendo ya no se recobró de las fatigas y privaciones de la empresa anterior. Así murió en el puerto de La Coruña, a donde había conducido los restos de su escuadra, el 7 de junio de 1640.



Antonio de Oquendo

Ignacio Olagüe, el Vascongado inquieto de las múltiples disciplinas

Es sumamente curioso el tipo de escritor de Ignacio Olagüe, ya que si se le examina, se advierte que ha dedicado su vida a los más diversos estudios, a las materias más que encontradas, al menos aparentemente, y que, por un camino que a simple vista pudiera antojarse de dispersión, ha llegado a una condensación de conocimientos y materiales, que le han permitido publicar ahora su obra monumental "La decadencia española", en cuatro tomos, en formato mayor, cada uno que sobrepasa las cuatrocientas páginas. Pero antes de proseguir analizando, o esbozando, para ser más exactos, el significado del trabajo, daremos una impresión de la personalidad de su autor.

Nace Ignacio Olagüe en San Sebastián en el año 1903. Su apellido es de procedencia navarra, y en vascuence quiere decir "la Ferrería que está en lo alto". Estudió la segunda enseñanza en la pequeña villa guipuzcoana de Hernani, al lado de la capital donostiarra, en un colegio de Padres Jesuitas, y luego se licenció en Derecho en las Universidades de Valladolid y Madrid. Pero, además de sus estudios jurídicos, impulsado por su gran afición a las Ciencias Naturales, empuñó el conocimiento de éstas desde muy joven, y

en el año 1921 figuraba como miembro de la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, y no sólo dedicó sus esfuerzos y entusiasmos a estudiar la biología marina, sino que, en compañía de otros amigos que trabajaban hacia muchos años, contribuyó, de modo decisivo, a la construcción y formación del acuario de San Sebastián, que fué inaugurado el 1928. Mas ya había comprendido que intentar unos estudios originales en biología marina, por carencia de medios a su alcance, se presentaba para él erizado de dificultades, y por ello desvió su punto de mira hacia la paleontología y, especialmente, a penetrar en las faunas vivientes en estado fósil. De tal manera, por ese derrotero, se especializó en paleontología marina de los terrenos secundarios. Desde 1927 asistió con asiduidad al laboratorio de paleontología del Museo de Ciencias Naturales y fué un discípulo dilecto de don José Royo, gran autoridad, con el que trabó amistad en seguida.

Las facetas de la curiosidad de Ignacio Olagüe requerirían, para comentarlas, más extensión de la que se concede a un artículo informativo, pero, sucintamente, diremos que, casi al mismo tiempo, se dedicaba a reunir una enorme colección de fósiles que en-

riquecen el citado Museo, era nombrado miembro de la Junta directiva de la Real Sociedad de Historia Natural de Madrid, cargo que desempeñó durante varios años, y se consagraba a la literatura. Así, en 1928, publica dos obras del más distinto contenido entre sí: Un tratado de estratigrafía, una de ellas, y la otra, su primera novela corta titulada "Martín Alegret, el organero", que obtiene una calurosa acogida de la crítica. También funda con Giménez Caballero, que había sacado a luz su periódico "La Gaceta Literaria", una galería de Arte en la capital de España, y con el mismo y otras personas, organiza el primer Cineclub español.

Como podrá advertirse no cabe mayor diversidad de atenciones y actividades, pero el mérito es en ninguna de éstas Olague actuó nunca como aficionado, sino como profesional de autoridad probada.

IGNACIO OLAGÜE

LA
DECADENCIA
ESPAÑOLA



En los años que siguen Ignacio Olague publica unos cuantos trabajos muy estimados, que patrocinan las ediciones de la Sociedad de Historia Natural, y, también, su novela humorística grande, "El demonio y las yemas de San Leandro".

Ahora bien, cabe preguntarse ante las dos vertientes predominantes en cuanto a la tarea intelectual de Olague: ¿Qué perseguía simultáneamente los estudios de naturalista con las empresas literarias? Esto, sin duda, entrañaba un gran peligro de dispersión en varios objetivos sin lograr uno determinado. Pero Ignacio Olague lo arrostra. El quería ir a las grandes síntesis y se dirigía a la que ahora presenta en su libro de cuatro tomos "La decadencia española", que constituye una verdadera Filosofía de la Historia y pretende, y consigue, un conocimiento nuevo de la Historia de España y una también nueva comprensión del problema, tan traído y llevado, de la decadencia, que, a la par, entraña una interpretación de la Historia Universal.

La síntesis de Olague descansa sobre dos puntos firmísimos: la psique del individuo cuya agrupación en gran número constituye la idea-fuerza colectiva; la gea y las modificaciones del paisaje.

Un grupo de ideas-fuerzas afines y coordinadas da aliento a una cultura. Varias culturas desprendidas de un mismo origen, en lucha contra sí, estructuran una civilización. La historia de la humanidad consiste en una sucesión acelerada de civilizaciones, desde los balbucientes esfuerzos de las sociedades primitivas hasta las realizaciones actuales.

Pero el espíritu del hombre vive de la tierra. Y ésta cambia de acuerdo con los cambios de clima (de aquí el estudio de Olague acerca de la evolución del clima en la península ibérica en las últimas centurias, ensayo jamás intentado hasta ahora de un período histórico) y también de acuerdo con la proyección de las actividades del hombre: deforestación, cambio de cultivos, transformaciones del paisaje de modo artificial, etc.

Por consiguiente la historia es el producto de las ideas-fuerzas. Podrá definirse como la evolución de las ideas-fuerzas en un marco geográfico determinado. Para Olague la historia es super-biológica. Y con esta interpretación se aclara prodigiosamente el concepto de decadencia. Consistirá, pues, en la quiebra de la vitalidad de las ideas-fuerzas, producida, cuando se acentuara más allá del normal ritmo de las civilizaciones sucediéndose, por gravísimas imposiciones de la gea adversa.

Así, en las páginas del libro de Olague palpita una enorme inquietud: la de una nueva filosofía descansando en la Historia, y a través del llamado "caso español" se asiste a una superación anecdótica, y se desarticula el verdadero motor que acciona la humanidad.

Cosme Damián Churrúa (1761-1805)

El episodio más destacado de la batalla de Trafalgar (21 de Octubre de 1805) es, sin duda, el heroico combate del **San Juan Nepomuceno** contra un grupo de navios ingleses, combate que sólo terminó después de la muerte de su comandante, cuando el buque se hallaba desarbolado y su tripulación diezmada por la metralla y la fatiga. Aquella página gloriosa que escribieron los marinos españoles está pre-

sidida por la figura del brigadier Cosme Damián Churrúa, notable en la Historia no sólo por su heroísmo y su valor, sino también por su ciencia y su pericia náutica.

Nació en Motrico el 27 de septiembre de 1761, en el seno de una ilustre familia, de posición holgada, Churrúa estudió humanidades en el seminario de Burgos, donde demostró su precóz inteligencia. Decidido a